

# EL REY Y YO

**SALVADOR MORENO PERALTA**

3 junio 2014  
11:43

**S**alvo para un puñado de personas en la historia de la Humanidad y unos cuantos genios que la jalaron con su talento, el resto de nuestras vidas son episodios más efímeros aún que la estela de una barca en el mar, por más que las vivamos en primera persona como hechos trascendentales y pendulares, entre la felicidad y el dolor. Generaciones enteras de seres anónimos tendrán a los primeros como referentes, venturosos o aciagos. Para los españoles que con la Transición democrática estábamos pasando de la juventud a la madurez, uno de esos referentes es, sin duda alguna, el 'exRey' Juan Carlos I. Alguna vez me he preguntado públicamente en estas páginas a qué edad ese ectoplasma que llamamos sociedad da tu vida por amortizada: ¿la jubilación? ¿cuándo otros lo decidan por ti? ¿cuándo ya no haya más futuro que el pasado? En cualquier caso la abdicación del regio referente deja algo noqueado al país excepto a todos aquellos que creen tener por delante, con todo su derecho, un mundo que comerse, en el más amplio sentido de la palabra.

El Rey estaba en el trasfondo cuando formamos nuestra familia. Cuando con las luces de la televisión y las sombras de Pilar Urbano abortó el golpe de Estado del 81. Cuando trabajamos ilusionados con los primeros ayuntamientos democráticos teniendo que inventar una administración nueva, un urbanismo nuevo, una forma de discrepar de tus padres nueva, una forma de convivir inédita, milagrosa, exultante...como en esa Europa en la que entramos. Con el Rey pudimos conocer a Carrillo sin que pasase nada. Como tampoco pasó nada después de cenar con Fraga en un concurso de empanadas. Con el Rey voté entusiásticamente a Felipe González y con él comprobé lo que era ser recibido como Mr. Marshall en Latinoamérica. Con el Rey supe lo que debía sentir un alcalde angustiado porque sus desvelos por la ciudad no se veían compensados con los hechos. Con el Rey supe lo que debía sentir un político decente cuando el piélagos abisal de sus conmlitones desvergonzados le metía en el mismo océano contaminado. Con el Rey supimos que España era el sitio donde más rápidamente se podía enriquecer uno. Con el rey descubrimos la tarjeta de crédito, el coche de alta gama y la segunda residencia, probablemente adosada. Con el Rey verificamos que se podía pasar de la izquierda a la derecha y viceversa sin traumas, no sabemos bien si por madurez cívica o porque, en el fondo, se trataba de lo mismo. Con el Rey nos vanagloriamos de poder ganar óscars de Hollywood de curso legal, y no como Buñuel, que era clandestino. Con el Rey tocamos el cielo de la modernidad con aquella flecha trucada en el pebetero Olímpico de una pobrecita Barcelona que reclamaba Freedom for Catalonia desde la renta per cápita más alta de España. Con el Rey sufrimos un terrorismo de txapelas descerebradas, y con el Rey acabamos con él, al precio de mil muertos. Con el Rey se diezmó el país en diecisiete estaditos con himnos, embajadas y miles de funcionarios que preñaron el caballo de Troya de sus administraciones, con la consigna de tirar de sus riendas y dejarlo parado. Con el Rey comprobamos que nuestro modelo económico era una precipitación de nuevos ricos, un disparar con pólvora ajena, una malversación de fondos europeos, unas maniobras de trileros de postguerra, con euros en vez de garbanzos, hasta que Alemania mandó parar. Con el Rey hemos visto que la degradación de la Política dejaba un vacío ocupado por una Justicia tan implacable con las casas de aperos en el campo como con el irresponsable de su yerno y señora, lo que no evita que nos preguntemos con inquietud quién controla al controlador al final de la escalera institucional, ahora que se han deslegitimado todos sus peldaños.

Con el Rey hemos descrito, pues, la curva de Gauss que va del arranque esperanzado, al cénit y a la decadencia, abriendo el legítimo debate entre monarquía y república, aunque quizás conviniera antes, sólo por cautela, una masiva lectura de Ángel Viñas, Paul Preston y los cientos de analistas de la pasada Guerra Civil. Nuestra monarquía no es en modo alguno absolutista de origen divino sino democrática y parlamentaria. Pero de acuerdo, quizás sea anacrónico que existan instituciones hereditarias, y por eso me declaro intelectualmente republicano aunque, hipocresías aparte, también son hereditarias las cocinillas de ese bipartidismo hoy temeroso. Pero si la Política lleva aparejada a su sabia administración una inexcusable pedagogía cívica, díganme: ¿acaso se ha producido durante todos estos años esa pedagogía como para segregar una sola persona que, extraída de los partidos y por votación popular, pudiese estar 'au-dessus-de-la-melée' y, abstrayéndose de sus intereses partidistas ser capaz de representar a su conjunto? ¿Se imaginan a uno sólo de los políticos electos que hemos conocido asumiendo la conspiciua dignidad de representar a una España en trance de disolución centrífuga?

La pregunta, si las impetuosas nuevas generaciones se empeñan, se someterá a referéndum, pero, por favor, que entre los requisitos se incluya el que el Presidente de la III República sepa, por lo menos, hablar inglés.

¿Quieres descubrirla rápidamente?  
por favor, que entre los

EMPEZAR

**Bienvenido a la  
nueva web de  
DIARIO SUR**